

# MUSICA

Por Jesús BAL Y GAY

## ¿SON LÍCITOS LOS JUEGOS DE AZAR?

II

Las tendencias más recientes de la música, que propugnan la admisión del azar como uno de los elementos determinantes de la composición, resultan un poco sospechosas para quienes no sabemos, o no podemos, separar la ética y el arte. Pero constituyen un problema, al mismo tiempo, para cuyo planteamiento hemos de considerar todos sus aspectos. Y el primero de ellos es la actitud moral del compositor.

El compositor que admite humildemente el factor azar en la gestación de su obra, es un hombre sensato. Muchas cosas que, en ese plano, consideramos fruto de la inspiración, no son sino obra del azar, algo que *se le dio* al compositor y que éste nunca habría logrado con sólo su esfuerzo. Pero de eso a dejar que el azar lo haga todo o casi todo o, cuando menos, lo que en definitiva ha de dar la consistencia final a una obra, hay un abismo, el mismo que hay entre la humildad y la desidia. El compositor que se limita a construir las diversas partes de una obra, para permitir luego que éstas se ensamblen —por sucesión o por superposición— según lo dicte el azar, hace dejación de sus derechos con un aire que tiene más de indiferencia o menosprecio por la obra misma que de humildad.

Hay casos en los que el derecho se identifica con el deber. Por ejemplo, la educación de los hijos, que es tanto un derecho como un deber de los padres. Y lo mismo ocurre en el plano de la creación artística. El compositor no sólo tiene derecho a manipular sus ideas musicales y darles la forma que mejor le parezca, sino que también tiene el deber de hacerlo así. Cuando alabamos la singularidad y perfección de una cierta música, estamos alabando implícitamente el esfuerzo del compositor por cumplir con su deber de apurar en lo posible la expresión de sus intuiciones. La *larga paciencia* que un Beethoven, un Ravel o un Falla mantenían, quién sabe con cuánto esfuerzo, hasta hacer satisfactoria para ellos cada obra suya, tiene, indudablemente, el significado de una plena asunción de sus deberes en cuanto compositores. Eso, para algunos, puede que parezca soberbia —afán de imponerse al mundo como creadores de obras intachables—, pero a mí me parece, por el contrario, que obedecía a una radical humildad, la humildad de quien no acaba de quedar satisfecho con su labor y cree que ésta es siempre susceptible de perfeccionamiento, y también la humildad del que entrega su obra al mundo asumiendo toda la responsabilidad —y el riesgo— de decir: "Esto es lo más perfecto que he podido lograr." Dar una obra en lo que se ha de considerar su versión definitiva es prueba de una humildad mucho mayor que el darla como simple boceto, porque —al hacerlo— su autor se declara paladinamente incapaz de darle más perfección; mientras que el que

presenta una obra como boceto echa una especie de cortina de humo sobre su propia capacidad y deja que el prójimo lo suponga en posesión de poderes que tal vez le faltan. En el primer caso, el compositor pone las cartas sobre la mesa; en el segundo, se acoge a una especie de *bluff*.

Es curioso, y como para darnos que pensar, que a la obra perfecta, es decir a la que ha sido trabajada aun en sus más ínfimos detalles, le apliquemos el calificativo de *buena*. Lo hacemos rutinariamente, sin percatarnos que ese calificativo pertenece al mundo de lo moral; pero acertamos al hacerlo, porque la bondad que vemos en la obra es, en el fondo, la de su autor, que asumió valiente, honradamente, su deber de esforzarse por darle la máxima perfección posible.

Toda música es una especie de edificio pre-fabricado. El que le diseña y fabrica cada una de sus partes es el compositor. El que lo arma es el intérprete. A nadie —como no sea a cierto tipo de intérpretes— se le ocurrirá atribuir la paternidad de la obra al intérprete y no al compositor. Por mucho que aquél la deforme al armarla —es decir, al interpretarla—, siempre será posible ver en ella lo esencial de su traza, su auténtica realidad, o sea la obra del compositor. Lo que a ella aporte el intérprete siempre será muy poca cosa, comparado con lo que en ella permanece de lo hecho por su creador.

Pero la nueva tendencia que estoy comentando da una parte tan considerable al intérprete —y, por medio de éste, al azar—, que las nuevas obras ya no pueden ser atribuidas exclusivamente a sus compositores. Éstos se limitan a fabricar una serie de piezas o bloques de diversas formas y dimensiones, y dejan al intérprete en libertad de dar a la obra, que (impropiamente) llamaremos definitiva, la traza que se le antoje. Se trata, pues, de una música que ya no podemos compararla, como a la que hasta ahora se había hecho, a un edificio pre-fabricado, sino más bien a esos juguetes que consisten en una serie de piezas con las que el niño puede construir diversidad de cosas, según su propia fantasía. Es, en fin, un juego y, en cierto modo, un juego de azar.

Ahora bien, no sé hasta qué punto puede tomarse a la música como juego, como juego —entiéndase bien— en el sentido que más usualmente damos a este término. En ese sentido el juego es una cosa intrascendente. Y no creo que la música lo sea o, mejor dicho, que deba serlo. Reducirla a semejante condición me parece prostituirla, vaciarla, sacarle el alma, matarla, en fin, como por desgracia hacemos también con otros valores espirituales. Y no aleguen, quienes tratan de hacerlo, ilustres ejemplos que pudieran tomarse como casos de arte lúdico. *El arte de la fuga* de Juan Sebastián Bach es algo mucho más elevado y profundo que el simple juego que nos parece a primera vista. Y, desde luego,



(Moritz von Schwind.)

en esa obra el azar, si en algo colaboró, lo hizo bajo la vigilancia del compositor.

En un ensayo sobre Mallarmé, Paul Valéry escribió lo que me parece venir aquí muy a cuento: "El rigor de los rechazos, la cantidad de soluciones que desechamos, de posibilidades que nos prohibimos, manifiestan la naturaleza de los escrúpulos, el grado de conciencia, la calidad del orgullo e, igualmente, los pudores y temores diversos que podemos sentir con respecto a los juicios futuros del público. *En ese punto es donde la literatura alcanza el dominio de la ética*: en ese orden de cosas es donde puede introducirse el conflicto entre lo natural y el esfuerzo; en el que la literatura obtiene sus héroes y sus mártires de la *resistencia a lo fácil*; en el que la virtud se manifiesta y, por tanto, a veces la *hipocresía*". Lo subrayado es del propio Valéry y —por curiosa coincidencia— constituye lo que me parece más importante para el tema que estoy tratando. Donde el escritor dice *literatura* pongamos nosotros *música*, y tendremos el criterio que necesitamos. El rechazo de muchas ideas y de muchas soluciones que el azar nos ofrece, porque tenemos una cierta *voluntad de forma*, porque hemos entrevisto y tratamos de aprehender el modo de expresión que mejor conviene a nuestra *idea*, significa una actitud ética y, por ende, la más rigurosa exclusión posible del azar. Constituye, en fin, una plena asunción de nuestra responsabilidad.

Y el que ahora haya quienes pretenden dejar en libertad de colaboración al azar, no deja de ser un indicio más de la actitud *dimisionaria* que Bernanos denunció como muy extendida en nuestro tiempo. El hombre de hoy renuncia a muchos derechos por sacudirse de encima los deberes que éstos implican, la responsabilidad que éstos le acarrearán. Evita tener que decir en algo la última palabra. Y así también esos compositores prefieren que sea el azar quien la diga en cuanto a la forma de su música.

Por eso me temo que esa nueva tendencia musical venga a favorecer la simulación en los compositores subdesarrollados, como ya lo está haciendo el serialismo. El azar y, en el extremo opuesto, el determinismo matemático libran aparentemente de responsabilidad al compositor de espíritu dimisionario, simulador y, desde luego, carente de auténtica personalidad y de sólida formación musical. Son los sustitutos del academicismo, es decir, son el nuevo academicismo, por paradójico que ello nos parezca.

Y en fin recurrir al azar para lograr una obra musical me parece tan ilícito como recurrir a la ruleta para labrarse una fortuna. Sólo el trabajo tenaz y honrado, en lucha, precisamente, contra los caprichos del azar, puede ser la base sólida y limpia de ambas cosas.